

Invierno eclesial

JOSEP OTÓN

A las puertas del invierno las cifras no son demasiado halagüeñas para la Iglesia. Desde hace años, el descenso del número de creyentes, de las vocaciones a la vida religiosas y de la práctica sacramental parecen augurar un futuro incierto para el cristianismo en Occidente. Por supuesto hay signos de esperanza, pero suelen ser más la anécdota que la categoría.

Los movimientos sociales han tomado el relevo en la opción preferencial por los pobres; el ecologismo, en el cuidado de la creación; la oferta de nuevas espiritualidades, en el anhelo de una experiencia interior que nos sumerja en la trascendencia.

La defensa de la vida y de la familia parecen ser el último reducto de la cultura cristiana que tiene la tentación de atrincherarse tras estos postulados para apuntalar su identidad.

Aunque podemos seguir esperando una nueva primavera para la Iglesia, la realidad es que debemos estar preparados para un largo invierno. Ante este desalentador panorama que asoma en el horizonte de nuestro tiempo, nos podemos preguntar si realmente el cristianismo está muriendo o simplemente ha caducado una fe sociológica que vivía amparada en los parámetros de un mundo que ya no es.

Tal vez sean tiempos recios, como decía **Teresa de Ávila**, que desafían la fe, pero que también la impelen a renovarse. Es urgente encontrar un lenguaje que sintonice con un mundo nuevo, ni mejor ni peor, constituido por seres humanos que, como sus predecesores, necesitan escuchar un mensaje de esperanza capaz de hacernos rebasar las limitaciones de la realidad.

Porque como decía el poeta **Miquel Martí i Pol**, “cuando todo está por hacer, todo es posible”. *

